



ONZA 
TIGRE Y LEON

 REVISTA PARA
LA INFANCIA
VENEZOLANA 

JUNIO DE 1946 -- NUMERO 84

LEVANTAMIENTO DE MARGARITA



Tan pronto como Morillo abandonó a Margarita, después de haberse apoderado de la isla en abril de 1815, Arismendi se puso al frente de la revolución, y reuniendo 30 hombres armados apenas con 3 fusiles y 120 cartuchos, sorprendió a la guarnición de Juangriego y la pasó a cuchillo.



Luego, aumentado su ejército, toma la casa fuerte de Villa del Norte y con este triunfo logra reunir 1.500 hombres armados con garrotes, cuchillos, lanzas y machetes.



En venganza, los españoles hacen prisionera a la esposa de Arismendi; pero el bravo general no decae, sino que con mayores bríos ataca a los realistas, los derrota dos veces y los reduce al Castillo de Sta. Rosa y a las fortificaciones de Pampatar.

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

N° 84

CARACAS, JUNIO DE 1946

AÑO 8

SUMARIO

NUESTROS GRANDES HOMBRES

Infancia y Juventud de Andrés
Bello 2

CONCURSO PERMANENTE

Notas Continentales 6

LOS CAMELLOS de AMERICA

por Gilberto Calvo Salazar 7

LA REPUBLICA de PANAMA

por Luis Caropreso 9

MITOLOGIA INDIGENA

Leyenda de la Yuca o Mandioca 11

TEATRO PARA NIÑOS

El Nudo 13

EL FOLKLORE EN LA ESCUELA

"Cantas" Llaneras de Ordeño. 17

LOS NIÑOS COLABORAN

Esta es mi Tierra...! 22

POR TIERRAS GUAYANESAS

Los Enemigos de las Abejas.. 23

NUESTRA PORTADA

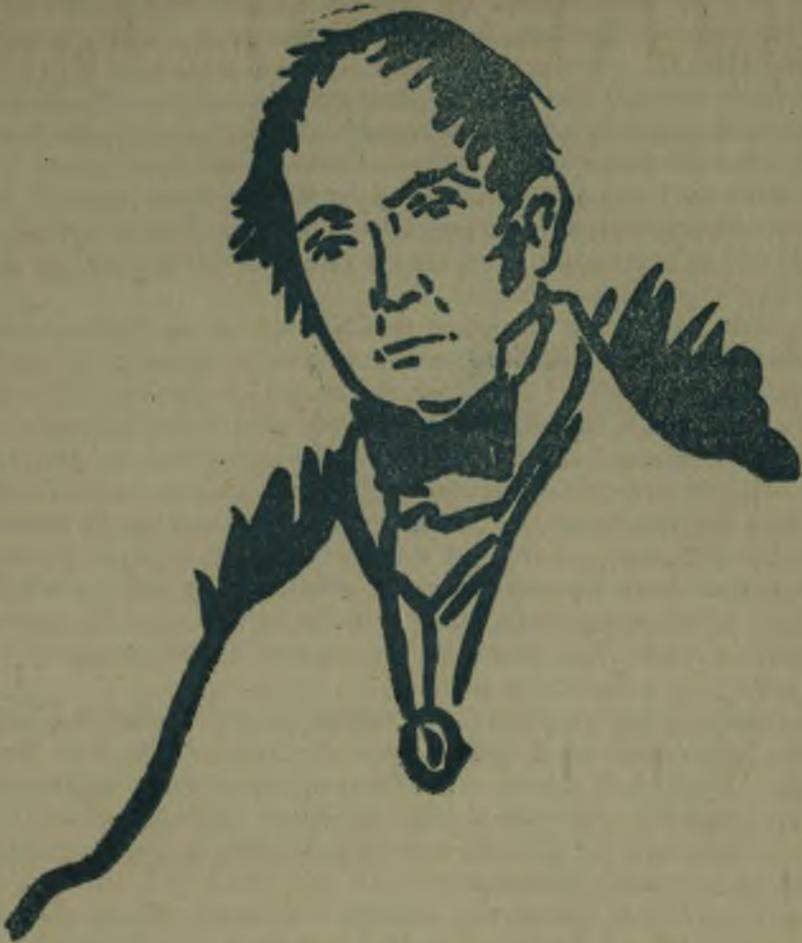
"Una Piragua en el Puertecito" es el título del paisaje que hoy aparece en la carátula de esta revista. El dibujo, que con tanta fidelidad reproduce una escena de las orillas del Lago de Maracaibo, nos ha sido enviado por su autora la niña Iria Rosa Sánchez, alumna de segundo grado en la Escuela Federal N° 3.253, ubicada en el Parral del Sur, Distrito Urdaneta del Estado Zulia.

INFANCIA Y JUVENTUD DE ANDRÉS BELLO

Condensado de un artículo de Arístides Rojas.

CUANDO pasamos por el altosano del actual templo de las Mercedes, nuestra mirada involuntariamente se posa sobre los granados floridos de la casa que hace esquina en el callejón de las Mercedes, hoy número 2, Oeste 5. En esta casa, reducida a escombros por el terremoto de 1812 y reconstruida más tarde de una manera tosca y desigual, pero todavía con el corral sembrado de árboles, que asoman sus ramas por encima del muro exterior, vió Andrés Bello la luz el 29 de noviembre de 1781. Su padre, don Bartolomé Bello, distinguido abogado de la Audiencia de Caracas, no poseía grandes bienes de fortuna, pero sí lo suficiente para atender a las necesidades de la familia que comenzaba a formar. Después de haber aprendido lo que todos aprendemos en el regazo de la madre, el pequeño Andrés entró en una escuela de primeras letras. El estar la casa de la familia Bello en las inmediaciones de un convento de frailes, fué para el niño un gran aliciente, pues como gustaba hacer amistades con el vecindario, hubo de visitar los claustros, asistir a las ceremonias religiosas, curiosar, siguiendo las inclinaciones de una edad en la cual sólo las impresiones externas cautivan el corazón. Las repetidas visitas al convento trajeron al fin, al niño, el cariño de los Padres que celebraban su vivacidad y aplaudían el entusiasmo con que hablaba de las cosas divinas. Y bajo el influjo de lo místico, el pequeño relataba en su casa cuanto había visto y oído en el convento, consistiendo sus juegos en sacar procesiones, decir misa y predicar, para lo cual se había hecho hacer por la madre los ornamentos necesarios, y por un carpintero un cáliz de madera. Estos juegos los fomentaba su tío materno el Padre Ambrosio López, quien creía reconocer en su sobrino marcada inclinación por la carrera eclesiástica.

El misticismo infantil fué poco a poco desapareciendo de la imaginación de Andrés a proporción que, los años por una parte, y el estudio por la otra, independizaban su espíritu. Cuando tuvo once años, sediento de conocimientos, leía cuanto llegaba a sus manos. Un día encontró en una tienda de Caracas las comedias de Calderón de la Barca, y compró dos de ellas. Aguijoneado por una fuerza interior se puso a leerlas. Ignoraba quién era Calderón, y más aún la influencia del teatro sobre



la sociedad; mas como en él bullía el deseo de lectura, poco le importaba ignorar las miras filosóficas del autor, si en sus páginas encontraba solaz y belleza. Luego exigió de la madre dinero para comprar más comedias de la colección, con cuya lectura siguió deleitándose por varias semanas; y el niño se aprendió de memoria escenas enteras que solía recitar con entonación y aplomo.

Pasaban los días, y el Padre López, conocedor de las aptitudes de su sobrino, quiso que tuviera un profesor particular que pudiera conducirle y sacar partido de las brillantes disposiciones del niño. Tenía el Padre López un amigo íntimo en el convento de los mercedarios, a cuyo cuidado corría la conservación y dirección de la biblioteca de la comu-

nidad, y en aquél pensó para que fuera el maestro de su sobrino. Era el fraile Cristóbal Quesada, de sólida instrucción y conocimiento de la lengua latina.

Andrés volvió al convento, no ya como niño curioso e impresionable, sino como discípulo de aquel hombre docto. Maestro y discípulo se entendieron a las mil maravillas, y el fraile Quesada notó muy pronto que no se tomaba un trabajo vano. Vastos horizontes comenzaron a descubrirse en la imaginación de aquel talento precoz. Había encontrado el mentor que le introdujera en el ameno campo de la filología, en el cual iba a figurar en primer término.

Refería Bello a sus discípulos en Chile, que en la época a que nos referimos llegó, por casualidad, a sus manos un ejemplar del Quijote, el cual leyó con avidez. Cervantes continuaba la obra de Calderón, en aquella inteligencia juvenil destinada a ser más tarde lumbrera de la literatura castellana. A los trece años Bello comienza a ser un espíritu pensador. No era ya la lectura lo que ambicionaba, sino el estudio. Temiendo sus familiares que en su constitución endeble, el demasiado trabajo mental llegara a ser una calamidad, tratan en vano de amortiguar en él su desmedida afición por el estudio. Los campos brindaban expansión al estudioso joven, y así visitaba los boscajes del Anauco y del Catuche, donde, bajo la sombra de los árboles, se entregaba a traducir a Virgilio, a Horacio y a Tibulo.

La facilidad con que Bello había vencido las dificultades en el estudio del latín y de los clásicos, llegó a llenar de justo orgullo a su maestro Quesada. Traducía la Eneida, a los diez y seis años, cuando quiso seguir el curso en filosofía que iba a abrir el Doctor Escalona en la Universidad de Caracas, mas Quesada convence al joven de que primero debe hacerse un gramático perfecto.

De improviso el sabio fraile enferma y muere a principios de 1796. Bello se dispone a ingresar en la Universidad, mas no teniendo certificados de los años de estudio que siguiera bajo la dirección del docto mercedario, sólo le aceptan en calidad de alumno de la cuarta clase de latín. Sin embargo, el nuevo colegial tomó posesión de su puesto de una manera brillante. La fama le había precedido, y sus compañeros ardían en impaciente curiosidad de comprobar sus conocimientos. Estaban traduciendo en la clase las **Selectas de autores profanos**, y hay en este libro un pasaje cuya inteligencia se hacía difícil para los alumnos por una construcción complicada, del cual ellos opinaban que sólo un sabio podría traducirlo. Los estudiantes pidieron al profesor que Bello ensallase a verter al castellano las mentadas frases que para ellos habían sido tan oscuras e indescifrables. Bello buscó en el libro la página correspon-

diente. Sonrisas maliciosas animaban las fisonomías de los que iban a ser sus camaradas. Pensaban que sería imposible que acertase con el sentido, si como a ellos, el profesor no se lo explicaba. Pero tan pronto como Bello dió con el tremendo pasaje, sin titubear lo fué traduciendo a medida que lo leía. El despejo y la prontitud con que salía de una prueba que habían considerado imposible de superar, consolidaron la opinión de que era digno discípulo de Quesada, y de que nadie podía competir con él en conocimientos latinos. Al desdén sucedió la admiración; y a esa especie de repulsión con que los alumnos habían acogido a uno que venía con fama de ser superior a ellos, el afecto, que siempre se concede a un mérito indisputable.

Después de este triunfo, el nombre de Bello llegó a ser admirado por la sociedad caraqueña, y su reputación de joven talentoso, saludada por sus compatriotas. Fué reconocido como el mejor latinista de Caracas, aun superior a su segundo maestro Montenegro. Estas lisonjeras apreciaciones lejos de envanecer al joven, no hicieron sino afirmar su modestia. Fué entonces cuando algunos padres de familia recabaron de Bello fuera éste el pasante de sus hijos, lo que hizo del estudiante un profesor. Entre los jóvenes que recibieron sus lecciones se encontraba Bolívar, quien salió más tarde para España en 1799.

Verificábanse en la Universidad los exámenes de la cuarta clase de latinidad y la distribución de premios, en diciembre de 1796. Don Luis López Méndez, administrador de las rentas universitarias había ofrecido dos galardones para los dos estudiantes que, en el examen, escribiesen un trozo de elocuencia de acuerdo con la capacidad de cada uno. Bello opta en unión de uno de sus condiscípulos y alcanza el primer premio. Para este mismo examen, el rector del Instituto había ofrecido una codiciable distinción para el estudiante que tradujese un clásico latino con más propiedad y elegancia y vertiese al latín un trozo del castellano. Opónense doce alumnos en unión de Bello, mas éste obtiene el triunfo en medio de aclamaciones del auditorio. De esta manera el discípulo de Quesada irradiaba luz sobre el instituto que recompensaba sus vigiliass y saludaba la aurora de las letras venezolanas. Con tan favorables antecedentes, Bello se agrega al curso de filosofía que bajo la dirección del hábil profesor Escalona, se abría en la Universidad.

¡Cuán diverso el destino que debía tener cada uno de aquellos jóvenes que dentro y fuera del colegio, rendía culto al talento de Bello! Casi todos figurarían años después, en la guerra magna, en los campos de batalla. Sólo a Bello le estaba reservado el triunfo de las letras. Muchos serán víctimas de la Libertad; sólo Bello debía llegar a los días de la senectud.

CONCURSO PERMANENTE

NOTAS CONTINENTALES

Colaboración Infantil Interamericana

Una de las finalidades de esta revista ha sido la de propender al acercamiento e intercambio cultural entre los niños de América, lo mismo que tratar de llevar hasta ellos el mejor conocimiento de nuestro continente.

Consecuentes con estos principios, hemos abierto un Concurso Permanente en el que podrán tomar parte los niños y jóvenes de todas las naciones americanas.

Las condiciones o bases para este certamen, sólo exigen que las colaboraciones enviadas sean artículos, descripciones, relatos o notas que traten sobre temas interesantes y amenos relativos a nuestros países, sus grandes hombres, su geografía, su cultura, costumbres, etc.

Dichas colaboraciones aparecerán luego en las páginas de nuestra revista, con ilustraciones hechas expresamente para ellas, y la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional de los EE. UU. de Venezuela, concederá a los autores de los artículos publicados, Diplomas de Honor, en los cuales se les acreditará como "Colaboradores Especiales de la Revista ONZA, TIGRE Y LEÓN".

Cada colaboración habrá de llevar la firma y dirección completa de su autor, debiendo dirigirse el envío en la forma siguiente: "Onza, Tigre y León", Concurso Permanente "NOTAS CONTINENTALES", Colaboración Infantil Interamericana, —Ministerio de Educación Nacional,— Caracas, Venezuela.

Entre las colaboraciones que para este concurso nos han llegado, seleccionamos las que a continuación se publican.

LOS CAMELLOS DE AMERICA

por Gilberto Calvo Salazar,—Chiclayo,—Perú.



LOS camellos del viejo mundo están representados en la América meridional por otras especies menores, de dorso sin joroba, y con el callo de la planta del pie hendido. Son de lana muy apreciada. Se les conoce con el nombre de huanacos o guanacos, a las silvestres, y llamas a las domesticadas. Hay también el paco o la alpaca y la vicuña, de pelo muy fino. Propias de las altas mesetas andinas, las llamas sirven a peruanos y bolivianos como bestias de carga.

El padre José de Acosta, religioso y provincial de los jesuitas en el Perú, nacido alrededor de 1540 y muerto en 1599, escribió un tratado con el título de **Historia Natural y Moral de las Indias**, libro en que relata cómo ninguna cosa tiene el Perú de mayor riqueza y ventaja que el ganado de la tierra, que los españoles de entonces llamaban Carneros de Indias y los naturales, en lengua incaica, conocían por el nombre de llamas. "Bien mirado —dice el padre Acosta— es el animal de mayores provechos y de menos gastos de cuantos se conocen. De este ganado sacan comida y vestido como en Europa del ganado ovejuno; y sacan más el trajín y acarreo de cuanto han menester, pues les sirve de traer y llevar sus cargas. Y, por otra parte, no han menester gastar en herraje ni en sillas o jalmas, ni tampoco en cebada sino que de balde sirve a sus amos, contentándose con la hierba que halla en el campo. De manera que les proveyó Dios de ovejas y jumentos en un mismo animal, y como a gente pobre quiso que ninguna costa les hiciese; porque los pastos en la sierra

son muchos, y otros gastos ni los pide ni los ha menester este género de ganado. Son estos carneros o llamas en dos especies: unos son pacos, o carneros lanudos; otros son rasos y de poca lana, y son mejores para carga; son mayores que carneros grandes y menores que becerros; tienen el cuello muy largo, a semejanza de camello, y lo han menester, porque como son altos y levantados de cuerpo, para pacer requiere tener el cuello luengo. Son de varios colores: unos blancos del todo, otros negros del todo, otros pardos, otros varios que llaman moromoro. Para los sacrificios tenían los indios grandes advertencias, de qué color habían de ser para diferentes tiempos y efectos. La carne de éstos es buena, aunque recia; la de sus corderos es de las cosas mejores y regaladas que se comen; pero gástanse poco en esto, porque el principal fruto es la lana para hacer ropa y el servicio de traer y llevar cargas. La lana labran los indios y hacen ropas de que se visten; 'una grosera y común que llaman Hauasca; otra delicada y fina que llaman Cumbi. De este Cumbi labran sobremesas y cubiertas y reposteros y otros paños de muy escogida labor que dura mucho tiempo y tiene un lustre bueno, casi de media seda, y lo que es particular es su modo de tejer lana. Labran a dos haces todas las labores que quieren, sin que se vea hilo ni cabo de él en toda una pieza. Tenía el Inga Rey del Perú grandes maestros de labrar esta ropa de Cumbi, y los principales residían en el repartimiento de Capachica, junto a la laguna grande de Titicaca. Dan con hierbas diversas diversos colores y muy finos a esta lana con que hacen varias labores. Y de labor basta y grosera, o de pulida y sutil, todos los indios e indias son oficiales en la sierra, teniendo sus telares en su casa, sin que hayan de ir a comprar o dar a hacer la ropa que han menester para su casa. De la carne de este ganado hacen cusharqui o cecina, que les dura largo tiempo, y se gasta por mucha cuenta; usan llevar manadas de estos carneros cargados como recua, y van en una recua de éstas 300 o 500, y aun 1.000 carneros, que trajinan vino, coca, maíz, chuño, y azogue, y otra cualquier mercadería, y lo mejor de ella, que es la plata, porque las barras de plata las llevan el camino del Potosí a Arica 70 leguas y a Arequipa solían otro tiempo 150. Y es cosa que mucho tiempo me admiré de ver, que llevan estas manadas de carneros con 1.000 y 2.000 barras y mucho más, que son más de 300.000 ducados, sin otra guarda ni reparo más que unos pocos de indios, para sólo guiar los carneros y cargarlos, y cuando mucho algún español, y todas las noches dormían en medio del campo, sin más recato que el dicho. Y en tan largo camino y con tan poca guarda, jamás faltaba cosa entre tanta plata; tan grande es la seguridad con que se camina en el Perú".

G. C. S.

LA REPUBLICA DE PANAMA

por Luis Caropreso (13 años),—Pro-Patria, Av. 2ª, N° 51
Caracas, Venezuela.



LA floreciente República de Panamá es una de las principales de América, primero porque ella posee el famoso canal que une los dos océanos, y segundo porque está situada donde es más fácil comunicar con Europa y Oceanía.

Panamá es una de las pequeñas repúblicas de Centro América, pues sólo mide 88.000 kilómetros cuadrados.

Tiene 600.000 habitantes, que profesan la religión católica; esta población se compone de blancos, negros e indios.

El territorio panameño está atravesado por un ramal de los Andes colombianos, que arranca de la comarca de Bandó. Tiene ríos de importancia, como el Chiriquí, Tuira y Chaches. El Tuira atraviesa la región selvática de Darién.

Las principales ciudades del Istmo son: Panamá, la capital, con 70.000 habitantes, posee las ruinas de la iglesia de Panamá la Vieja que

fué destruida por el corsario Morgan, y además la iglesia de San José, cuyo altar está artísticamente recubierto de oro.

Le sigue a la capital la ciudad de Colón, centro científico unido a la capital con un ferrocarril. Son también de importancia las ciudades de Penonomé, Los Santos y Las Tablas.

Tiene al Norte el Golfo de Darién y al Sur el de Panamá, donde se encuentra el Archipiélago de las Perlas, cuya isla mayor es la de Coibá, comparable a la isla de Margarita, en Venezuela, por su superficie.

Para su administración, Panamá se divide en nueve provincias y una intendencia, que son: Panamá, Colón, Darién, Herrera, Bocas del Toro, Chiriquí, Veraguas, Los Santos, Coclé y la Intendencia de San Blas.

El conquistador español Vasco Núñez de Balboa, aconsejado por el indio Comagre, emprendió la travesía del istmo de Panamá, y después de 27 días descubrió el Océano Pacífico, al cuál dió el nombre de Mar del Sur.

De Panamá salieron expediciones importantes, como la de Chile y la del Perú.

Panamá, la más preciada joya que poseyera España durante tres siglos, formó parte de la Gran Colombia, cumpliendo los deseos del Libertador Simón Bolívar. Después perteneció a la República de Colombia y, en 1903, apoyada por los Estados Unidos del Norte, se proclamó independiente.

El traje nacional de Panamá es la Pollera, que usan las mujeres en tiempos de carnaval para bailar con los montunos el típico baile de el tamborito. La flor nacional del país es la flor del Espíritu Santo.

L. C.



LEYENDA DE LA YUCA O MANDIOCA

por Gilberto Antolínez.



EL más grande amigo que tiene el indio en Sudamérica es el General Cándido Mariano Da Silva Rondón, quien, en el Brasil, lleva treinta años penetrando hasta las selvas más intrincadas, cruzando los más desconocidos ríos, para favorecer al aborigen y mejorarle su sistema de vida. Este héroe contemporáneo recogió una leyenda entre los indios **Paresí**, habitantes del altiplano entre el Paraguay, el Guaporé y el Tapajoz, acerca de la procedencia de la yuca. Es así:

Zatiamare y su mujer **Kokotero** tenían un par de hijos: uno varón, **Zokooie**, y una niña, **Atiolo**. El padre amaba al hijo y despreciaba a la hija. Si ésta lo llamaba, él le respondía por silbidos, pero nunca le dirigía la palabra.

Disgustada, la pequeña **Atiolo** le rogó a su madre que la enterrase viva, porque así sería más útil a los suyos. Después de larga resistencia a tan raro deseo, **Kokotero** acabó por ceder a los ruegos de su hija, y la enterró en medio del poblado, donde **Atiolo** no pudo resistir a causa del calor. Rogó entonces que la mudasen para la sabana, y así se hizo, pero tampoco allí pudo resistir. Nuevamente le pidió a **Kokotero** que la trasladase de lugar, y ésta la enterró en una cueva abierta en medio de la selva: allí se encontró la niña-satisfecha. Entonces, le pidió a su madre que se retirase, recomendándole que no volviese los ojos aunque la oyese gritar fuerte.

Después de mucho tiempo gritó; **Kokotero** se volteó rápidamente. Y vió, en el lugar en que enterrara a su hija, un arbusto muy alto, que luego se pegó contra el suelo tan pronto como **Kokotero** se le aproximó. Esta arregló la sepultura. Limpió el suelo. Y la plantita se fué mostrando cada vez más vigorosa. Más tarde, **Kokotero** arrancó del suelo la raíz de la planta: era la yuca o mandioca. **Zatiamare** y **Kokotero** la llamaron **Ojakore**; pero los indios **Paresí** le pusieron el nombre de **Kete**.

Son muchas las leyendas hijas en que aparece un personaje, hombre o mujer, que después de enterrados se transforman en raíces o granos que vienen a ser el alimento de su tribu. Así pasa con la leyenda de **Mani** de los **Arawak**: de ahí viene el nombre de la mandioca, que quiere decir "la casa de **Mani**", la muchacha enterrada y transformada en raíz.

La leyenda estudiada muestra todo el proceso de cultivo de la yuca: dónde debe ser enterrada, ni en el poblado, ni en sabanas, sino en la selva desmontada al efecto, y en una cueva abierta en ella. Luego indica que se debe cuidar del sitio donde se enterró la estaca, y limpiarlo para que la planta crezca en lozanía y dé buen fruto.

G. A.

TEATRO PARA NIÑOS

E L N U D O

Adaptación de una obra de W. Spring.



PERSONAJES: Mirta.— Jorge.— Adolfo.— Isabel.

ESCENARIO: Un patio. Mirta sentada en una silla baja, está enhebrando cuentas que tiene en la falda. Acompaña las palabras con ademanes vivos y a cada movimiento que hace se le caen algunas cuentas que recoge Adolfo, arrodillado en el suelo. Prosiguen una conversación.

ADOLFO.—(Con actitud de suficiencia). El aire comprimido hace la detonación. ¿A que no sabes qué es detonación?

MIRTA. — ¿Quién no lo sabe? Es ¡pum! (Se le caen algunas cuentas).

ADOLFO.—Son Seis.

MIRTA. — ¿Pum, pum, pum, pum, pum?...

ADOLFO.—No. Son seis las que te cayeron. ¿Te quedan muchas por enhebrar?

MIRTA. — Un millón. Casi dos millones...

ADOLFO.—(Incorporándose). ¡Yo no tengo siete vidas para recoger tantas!... El creyó que yo iba a pedirle prestada la escopeta nueva; pero yo miraba para otro lado y cantaba más fuerte, como un sapo. ¡Y no me la prestó! No la deja

tocar a nadie. Tiene miedo de que le manchen el aire comprimido.

MIRTA. — No importa, Adolfo. Cuando la saque otra vez mira para el cielo y no hagas caso. El día que tenga un millón de pesos te regalaré una escopeta mejor. Una que camine sola...

ADOLFO.—¿Una escopeta que camine sola? ¡Je! ¡Por qué no dices una que diga “papá” y “mamá”? ¡Je!

MIRTA. — (Avergonzada.) Bueno, Una grande así (Hace un ademán.) ¡Ay! Se me cayeron como medio millón.

ADOLFO.—(Protesta.) ¡Ah, no! A cada momento se te cae medio millón. Yo no puedo estar todo el día buscando perlitas. También tengo que cazar hormigas.

MIRTA. — Es mejor ser pescador de perlas que cazador de hormigas.

ADOLFO.—Pero las hormigas son mías y las perlas no. Además a una perla no se le puede enseñar a levantarse en dos patas...

MIRTA. — (Muy interesada.) ¿Las hormigas se paran en dos patas?

ADOLFO.—Las mías sí, porque van a ser hormigas amaestradas. Les voy a enseñar también a que se crucen de brazos con las otras patas para descansar.

MIRTA. — Las hormigas no descansan.

ADOLFO.—Las mías sí, porque serán hormigas sabias. Y además aprenderán hasta a bailar.

MIRTA. — ¡Qué lindo debe ser ver una hormiga bailando! La voy a mirar dos horas seguidas.

ADOLFO.—¡No, no, mi hijita!

MIRTA. — ¿No me vas a dejar verlas? ¿A mí, que te deajo recogerme perlitas?

ADOLFO.—Gratis, no las verás. ¿No ves que voy a ser domador de hormigas para ganar dinero? Cuando sepan hacer las suertes las pondré en una caja de fósforos con un vidrio y con un letrero que diga: “Gran Circo Nacional de Hormigas”. El que quiera verlas tendrá que pagar diez centavos o una figurita que no esté arrugada.

MIRTA. — ¡Cuánto dinero vas a ganar! Podrás comprar muchos juguetes.

ADOLFO.—No compraré juguetes solamente. Cuando tenga miles y miles de pesos compraré una casita para mi mamá y otra para el perro.

MIRTA. — Y cuando yo tenga un millón de pesos compraré un frasco de perfume y un carrito de helados.

ADOLFO.—¿De dónde piensas sacar un millón?

MIRTA. — Vendiendo collares para muñecas como este que estoy haciendo. Haré cambiar la moda todos los días para que me compren muchos.

ADOLFO.—¿Y si viene la moda de no usar collares?

MIRTA. — Eso no vale...

ADOLFO.—Es mejor las hormigas. Nunca pasan de moda.

MIRTA. — Se pueden morir. Les gusta mucho el veneno para hormigas. Lo comen sin saber qué es, y antes de que lo sepan se quedan muertas.

ADOLFO.—Las mías sabrán lo que es veneno porque yo se los enseñaré. Vamos a hacer un negocio: te nombro mi socia para cuidar el circo cuando yo tenga que hacer algún mandado. Podrás mirar todo lo que quieras y te daré la mitad de lo que gane.

MIRTA. — ¿Cuánto?

ADOLFO.—Según... Pueden ser mil pesos.

MIRTA. — ¡Ah, no! Mil pesos es muy poco. (Entra Jorge, alborozado, mostrando la mano cerrada.)

JORGE. — ¡Vamos a ver! ¿A que no adivinan qué tengo en esta mano?

MIRTA. — ¡Dilo!

JORGE. — ¡No! Adivina, buen adivinador.

ADOLFO.—Tienes que decir algo que lo ayude a uno a adivinar.

MIRTA. — Sí, alguna palabra siquiera.

JORGE. — Bueno: "pantalón viejo".

MIRTA. — ¡Ah! ¡Un pedazo de tela!

ADOLFO.—¡Un botón!

JORGE. — No. Es muy fácil. Piensen bien: "Pantalón Viejo".

MIRTA. — Me rindo.

JORGE. — (A Adolfo.) ¿Y tú?

ADOLFO.—Me rindo también. Dínos qué es.

JORGE. — En el pantalón viejo me encontré seis centavos. Aquí están. (Abre la mano y los muestra.)

MIRTA. — ¡Seis centavos! ¡Déjame ver! (Se pone de pie bruscamente y ruedan por el suelo todas las cuentas que ha enhebrado y todas las que tenía en la falda). ¡Ay! ¡Qué desgracia! ¡Todas mis cuentas!

ADOLFO.—(Confuso y afligido.) —No importa. Yo te ayudaré a recogerlas. (Se arrodilla y se pone a recoger cuentas. Jorge lo imita.)

MIRTA. — ¡Ay!... ¡Todas las que tenía en el hilo! (Llora desesperadamente.) ¡No le hice nudo! (Entra Isabel.)

ISABEL. — ¿Qué pasó, ¿Por qué lloras?

JORGE. — (Salvando su responsabilidad.)—Yo ni me acerqué a ella.

MIRTA. — (Entre sollozos.)—El nudo...

ISABEL. — ¿Qué nudo? ¿Qué le hicieron al nudo?

MIRTA. — No... no... (Llora más fuerte y no puede continuar hablando.)

ISABEL. — ¡A ver! Explíquenme con calma. ¿Qué ha pasado?

ADOLFO.—Yo le iba a dar mil pesos y me dijo que era poco.

ISABEL. — ¿Mil pesos? ¿Qué es eso?

ADOLFO.—Por cuidar las hormigas sabias cuando me manden a buscar un carrete de hilo.

ISABEL. — ¿Qué hormigas?

ADOLFO.—Las mías... Las que voy a tener. En eso vino Jorge con los seis centavos.

JORGE. — ¡Son míos! ¡El pantalón viejo es mío!

ISABEL. — ¿Qué pantalón?

ADOLFO.—Y ella quiso ver los centavos... Se levantó de golpe y se le cayeron todas las perlas que había enhebrado.

JORGE. — No hizo nudo en el hilo.

ISABEL. — ¡Ah!... No vale la pena llorar por eso...

ADOLFO.—¿Cómo que nó? No va a poder ganar un millón...

ISABEL. — ¿Qué?

MIRTA. — (Llorosa, alzando la cabeza.)—¡Más!

ADOLFO.—Sí: tal vez más, vendiendo los collares que hacía.

ISABEL. — ¡Ah!.. ¿De modo que quien piensa ganar un millón pierde la cabeza al ver un puñado de centavos?

JORGE. — ¡Son míos!

MIRTA. — (Llorosa.)—Y son de verdad, verdad.

ISABEL. — ¡Ah! ¡Ahí está el secreto!; seis centavos en la mano valen más que un millón en la imaginación.

MIRTA. — No me importa el millón. Lloro por las cuentas que se cayeron. La culpa es del nudo que no estaba...

ISABEL. — Naturalmente... Siempre se echa la culpa al nudo que falta... Y cuando uno piensa en millones se olvida de hacer nudos... No llores más.

JORGE. — Sí, chica; no sigas llorando. Toma. Te daré dos centavos de los míos si te callas.

MIRTA. — ¿Dos?... ¡Bueno! (Alza la cabeza con forzada expresión sonriente.)

ADOLFO.—Hace un momento le ofrecí mil pesos y no los quiso... Y ahora se conforma con dos centavos. ¡No juegue! La gente es incomprensible...

TELON

"CANTAS" LLANERAS DE ORDEÑO

por R. Olivares Figueroa.



HEMOS hablado de las "cantas" en otras ocasiones, en esta sección, y aun de algunas de sus modalidades o aplicaciones; hoy nos referiremos a las que se usan para acompañar el ordeño, ese acto habitual de la vida llanera, lamentando que, hasta ahora, no poseamos un repertorio tan abundante como desearíamos o, más concretamente: que, en las recogidas como de ordeño, rara vez se aluda al mismo; haciendo pensar que el ordeñador no hace otra cosa que acompañarse de cantas conocidas, sin que considere indispensable que, en su totalidad, se refieran a lo que, simultáneamente, ejecuta; cosa que hubimos de notar al referirnos a las empleadas en el "pilado" del maíz y que podría reiterarse al coleccionar otras de molienda de caña, etc. La distinción cabe, y aun se halla, aunque con parquedad, en estos casos; siendo quizás música y ritmo lo que más las caracteriza; esto nos permite considerarlas como variaciones de la canta o copla común de nuestra Llanura. Las que aquí aparecen fueron recogidas, directamente de la tradición oral, ya en Lara, por el esclarecido folklorista D. Pedro Montesinos, y figuran en su "Cancionero" inédito; ya, por el que esta nota firma, en el Estado Guárico. La "canta de ordeño" es tradicional en Venezuela —país ganadero— donde se considera útil —y casi indispensable a veces— para ordeñar con éxito; ya que la vaca,

sometida así, se aviene a facilitar la extracción de la leche de sus ubres, bajo la ordenada presión de los dedos del ordeñador. El influjo del canto las adormece, como bajo un encantamiento; y ya no tratan de “esconder” el precioso líquido. Hay factores diversos como el de acostumbrarse a la presión de la misma mano, etc; si bien el decisivo consiste en acercar a la vaca el becerro, su hijo, para que succione; interrumpiéndolo, casi en los principios, el ordeñador que lo substituye, mientras se amarra el mamantón a una de las patas de la madre. Este engaño, al que se ha referido, muy piadosamente, Sara Corao en su poemita “Lechero”, permite, sin violencia aparente, el ordeño clásico. Desde luego, siempre se deja cierta cantidad de leche en la ubre, que el becerro agota.

El ordeño de la mañana —que podría llamarse de obligación— es para los usos de la casa, fabricación del queso, venta de leche, etc., y el de la tarde —que precede al pastoreo para la recogida de las becerras— corrientemente se da al peonaje.

Este es el método que se usa en nuestros hatos. Las vacas, sin sus hijos, se resisten a ser ordeñadas, y sólo mediante una educación previa, se llega, en medios distintos, a hacerlas aptas para el ordeño prescindiendo de estos requisitos. La canción se halla en segundo término; pero no deja de contribuir favorablemente a la operación, predisponiendo el ánimo de la vaca; de este modo, la leche fluye sin obstáculos.

Ramón Páez, hijo del General del mismo apellido, en sus “Escenas Rústicas en Sur América o la Vida en los Llanos de Venezuela” —traducción del Dr. Francisco Izquierdo— dice en el capítulo III—“Los Llanos”: “Como las vacas son casi siempre medio salvajes, se las ordeña a la fuerza. Se hace esto pasando una sogá por los cuernos del animal fijada a un largo palo, mientras el ordeñador deja mamar un poco al becerro y viene la leche que, de otro modo, no se obtendría, para amarrarlo a las patas de la vaca. Todas ellas tienen nombres de pura fantasía: “Clavellina”, “Flor del Campo”, “Maravilla”, y otros no menos eufónicos y poéticos. Las vacas responden al ser llamadas con entrecortados mujidos, y acuden instantáneamente, en tanto que los becerros amontonados en la vaquera, corren a lo largo de los corrales al oír el nombre de sus madres”.

Cuando muere un becerro, la vaca madre se niega a ser ordeñada. Entonces, se le pone la piel del muerto a uno vivo mientras se le acerca; sugestionada por el vaho que exhala, o suponiendo, acaso, que lo recupera, accede a ello.

Si nuestros pequeños lectores se hallan interesados en el tema, podrían, en la “Biblioteca Escolar” leer el capítulo: “Nube de Agua y Nube de

Agüita”, incluso en “Las Memorias de Mamá Blanca” de Teresa de la Parra, excelente costumbrista nacional, que, deliciosamente, nos describe particularidades relativas al ordeño y las canciones con que se le acompaña, presentando a un ordeñador hábil en ambas cosas: “Daniel, el de las Vacas”, que imperaba: . . . en el corralón, sobre la república de las vacas, por elección y voluntad soberana de ellas . . . todo sabiduría y buen gobierno” . . . “Cuando hacíamos irrupción en la ciudad de las vacas, Daniel, levantado desde las cuatro de la mañana, asistido por el muchacho del corralón, tenía ya ordeñados muchos cántaros de leche. El orden reinante era perfecto . . . A pleno aire, pleno cielo y pleno sol, cada vaca estaba contenta y en su casa, es decir, atada a su árbol y hasta árbol florido; había quien no tenía sino estaca, y corta. Nadie se quejaba ni nadie se ensoberbecía . . . Satisfecha cada cual con lo que se le daba, daba en correspondencia cuanto tenía. Por todas partes conformidad, dulzura y mucha paz” . . . “Nosotras conocíamos muy bien las leyes, usos y costumbres del corralón. Sabíamos, por ejemplo, que cuando una vaca tenía atado en una de las patas a su hijito el becerro, era señal de que estaba ordeñada; que, por el contrario, aquellas otras cuyos becerritos encerrados en el cercado donde pasaban la noche se veían todavía allí, impacientes, asoma que asoma el hocico por encima del tranquero, exactamente lo mismo que niñitas por encima de la tapia del trapiche, era, cosa evidente, porque ni ellos habían mamado, ni a ellas las habían ordeñado” . . . “La voz de Daniel se balanceaba sobre cada sílaba como se balanceaban las palmeras en la brisa. La madre, fascinada por aquella voz de sirena que la colmaba de elogios, recordándole a la vez entre nostalgias y melancolías, los ecos y lamentos de su patria origen, entregaba sin restricción toda su leche. El hijo, menos sentimental, se sacudía de tiempo en tiempo, hasta que, al fin, en vista de la imposibilidad material, acababa por contemplar resignado aquel despojo, sagrada ley del más fuerte. Considerando tal vez que “no sólo de pan vive el hombre”, imitaba a su engañada madre, entregándose también a los líricos placeres de la poesía y de la música”. He aquí una de las cantas a la vaca “Nube de Agua”, producidas por la imaginación de poeta de Daniel, que la autora cita:

“Yo he visto vacas famosas;
pero como tú, ninguna;
porque tú tienes más leche
que agua tiene la laguna”.

y esta otra a la misma vaca, en sentido de consolación, por la pérdida irreparable de su becerrito:

“No llores más, “Nube de Agua”;
refrena tanta amargura,
que toda leche hace queso
y toda pena se cura”.

Reproducimos, a continuación, la selección aludida; no sin dar las gracias al Profesor Lisandro Rivero, ex-Inspector Técnico de Educación de Nueva Esparta, por algunos de los datos que aquí se insertan:

Si quieres comer cogoyo, (1)
empuja el yugo primero;
hinca la rodilla en tierra
y ayuda a tu compañero.

Esta vaca es como el día,
y no la cambio por “na”;
con la candela 'e sus ojos
“manece” por donde va.

Adiós, quebradita larga,
con tu corriente de plata;
que por tus orillas ronda
la prenda que a mí me mata.

A la luna, su lucero,
buena “compaña” le da:
la vaca, con su becerro
mira con más “majestá”.

Cuaje la leche ligero
y tape el potro, compadre;
porque allá en Jerusalén,
se come un hijo a su madre.

Para ser un buen llanero,
tres cosas se han de tener:
buena soga, buen caballo,
y una zamba a quien querer.

El toro pita la vaca
y el novillo se retira;
como también va a ser toro,
siempre la vaca lo mira.

Lloviznita, lloviznita,
no me vengas a mojar;
que yo soy un pobrecito,
¿cómo me voy a mudar?

A estos becerros toretes
voy a meterles estaca,
porque están muy mamantones
y me aniquilan las vacas.

En tiempo de vaquería
monto mi yegua cebruna,
y a la espantada, diviso
las garzas en la laguna.

¿Hasta cuándo, vida mía,
hasta cuándo padecer?
Hasta que las hojas secas
vuelvan a reverdecir.

Adiós, sabanita verde,
toda cubierta de abrojos.
¿Adiós, muchachas bonitas!
¿Cuándo las verán mis ojos?

(1)—Se dirige al buey.

El "Ruisseñor" y el "Canario" (2)
se quieren como hermanitos:
el uno lleva la jaula
y el otro los pajaritos.

Presente te quiero mucho,
ausente te quiero más:
presente, porque te veo;
ausente, porque no estás.

"Rondadora", da tus ubres
al que te las soba bien;
tendrás en premio agua clara,
pasto verde y amo fiel.

No se vaya, señor cura,
que ya el "sancocho" va a "está":
tiene yuca, tiene ñame,
tiene batata "morá".

Palomita montañera,
llévame hasta la montaña
para enseñarte a dormir
el sueño de la mañana.

Cuando fueres a los Llanos
y no llevares avíos,
cantando se quita el hambre;
silbando, se quita el frío.

Las estrellas, en el cielo
toditas tienen su nombre;
tan sólo la vida mía
la llamo, y no me responde.

Esto dijo el cachicamo
retozando en la ladera:
"Para la mula mañosa,
arritranco y gurupera".

El sauce es siempre parejo,
el bucare es espinoso:
mi corazón es muy firme
y el tuyo muy peligroso.

¡Malhaya mi mala suerte,
malhaya la suerte mía!
Viene un aguacero blanco,
y mi cobija, "perdía".

Un pozo de agua es mi espejo
y mi rancho es una mata;
mi comida, un merecure
y mi delirio una vaca.

Ayúdeme, compañero,
aunque sea con una mano,
porque a "usté" lo están queriendo
y a mi me están olvidando.

Yo tengo una vaca negra
que es tuerta y garrapata
y se parece a mi suegra
en lo brava y lo mañosa.

No te resabies, "Mañera";
endúlzate con mi canta;
echa la leche "pa juera";
mira que el recelo acaba.

R. O. F.

(2)—Nombres de bueyes.

¡ESTA ES MI TIERRA...!

Por Orlando Escobar.—6º grado “B” de la Escuela Superior de Varones
“Joaquín Rodezno”.—San Salvador.—Rep. de El Salvador.



VENEZUELA, país sureño, hijo de América, como esta tierra de Cuscatlán. Quiero contarte que esta mi tierra es la más pequeña; pero aquí en ella, todo es poesía y paisaje; sus campos son floridos, sus lagos azules, sus ríos pequeños como hilos de plata, pues son miniaturas comparados a tu gran Serpiente del Orinoco, y tras sus montañas las puestas del Sol. Todo este conjunto es encantador. Nuestra divisa es trabajo y fraternidad; aquí nuestros poetas cantan para América, nuestros maestros nos cuentan el sueño de Bolívar, nos enseñan a conocer América y a vivir por América, y nosotros, sus discípulos, procuramos que se nos clave como un agudo garfio, todo lo que nos enseñan de América, pues somos los hombres nuevos, del mañana, y como dijo nuestro gran maestro y profesor Alberto Masferrer: “Venid, hombres nuevos del mañana y que surja y resuene en vuestro pecho el grito de batalla:

A luchar por América.
A sufrir por América.
Y a triunfar por América”.

ENEMIGOS DE LAS ABEJAS



CASI continuamente recogen los indios del Orinoco su abundante cosecha de la más pura miel de abejas. En las imponentes selvas guayanesas son tan numerosos los enjambres, que casi no se encuentra palo hueco, árbol, ni rama con alguna cavidad, donde no se halle colmena con abundante miel. La cual extraen los aborígenes con gran facilidad, ya sea agrandando la boca de entrada de la colmena, o derribando el árbol y rajando su tronco, sin temor ninguno a los ataques de los laboriosos insectos, ya que éstos no pican ni están provistos de aguijones tan amenazantes como los de las abejas comunes.

Cuando una colmena es destruida para coger su miel, la colonia entera vuela en busca de otro árbol o tronco apropiado, en el cual establecer su nueva vivienda.

Es tanta la miel de que se proveen los indios recolectores que, por un simple cuchillo, dan hasta cinco frascos de ella, después de despumada. Y aun abundarían más las colmenas en esos bosques, si no fueran tan perseguidas por cierta especie de monos pequeños. Los cuales se colocan junto a la puerta de las colmenas, y al ver salir o entrar a las abejas, las van atrapando y comiéndoselas inmediatamente; no retirándose del lugar, hasta no acabar con el último de dichos insectos que allí habite. Después, si les es posible introducir la mano, no dejan panal alguno; y si la abertura de entrada es demasiado estrecha, meten la cola, que sacan untada de miel, la cual van saboreando, hasta que el nivel haya bajado bastante tanto que ya la cola no alcance más.





FLORA VENEZOLANA

L A J U A J U A

(*Guadua latifolia*)

GRAMINEA gigante, de tallos cespitosos y arborescentes, que crece principalmente en los bajos húmedos a lo largo de los grandes ríos de tierra caliente. Los entrenudos se usan para recipientes, tanto de líquidos como de granos, y las cañas enteras tienen los empleos más variados entre los habitantes del Llano. No debe confundirse con el bambú (*Bambusa vulgaris*), a menudo cultivado cerca de las casas de las haciendas y que es de origen asiático.



FAUNA VENEZOLANA

PEZ DE ESPADA

(*Tetraodon lineatus*)

ESTE curioso pez es un verdadero rival de los tiburones, por su poder y tamaño, pues alcanza una longitud de cerca de tres metros. Su característica principal es la prolongación de sus mandíbulas formando una verdadera lanza aguda. Las aletas abdominales son largas y delgadas. La dorsal es triangular. Su carne es buena. Es pez peligroso cuando está herido, pues sabe defenderse fieramente con su arma natural.